EL PRÍNCIPE DE LAS HADAS

Primeras páginas

___¡¡¡CONTIENE SPOILERS!!!___

Autora: @pujadascristina

NOTA DE LA AUTORA

Para todos aquellos que lleváis demasiado tiempo esperando esta historia.

¡Feliz lectura!

Octubre 2023

Cristina.

A veces es difícil dejar atrás el pasado

Recuerdo perfectamente la primera vez que vi a Ares.

No es que sea uno de esos buenos recuerdos que uno atesora a lo largo de los años, pero mentiría si fingiera que no había dejado huella.

Ese día estaba en el comedor, ese mismo que ahora solían usar Aislin y Grace, mis nuevas inquilinas del ático, para ver películas mientras comían *pizza* los viernes a la noche. Recuerdo aquella sensación, premonitoria, precipitándose en mi interior justo antes de que a pocos metros de donde estaba se formara un fragmento que parecía metal, pero era líquido al mismo tiempo. Me recordó a un espejo, porque podría verme reflejada en él, pero al mismo tiempo brillaba con tal intensidad que parecía que un foco estuviera reflejándose en su superficie. Decir que aquello fue raro, sería quedarse corto, pero cuando él simplemente lo atravesó, apareciéndose frente a mí, me quedé sin aliento. No tengo claro si fue por el hecho de que un apuesto hombre se hubiera aparecido de la nada en mi comedor o si fue por sus ojos azules que parecían hielo ardiente al mirarme.

Sé que chillé como nunca antes había tenido el valor de hacerlo tras la sorpresa de ver su sedosa melena dorada y aquel cuerpo de infarto, cubierto por algo que parecía una túnica debajo de la que se entreveían unos ajustados pantalones de cuero. Volviendo a nuestro primer encuentro, diré a mi favor que hay quien dice que gritar es terapéutico. En ese sentido, no descarto que espantara a todas las futuras enfermedades que pretendieran asolarme a lo largo de mi vida, porque fue un chillido merecedor de un premio Guinness, aunque no había un notario para certificarlo.

Ares se limitó a mirarme como si fuera un mosquito irritante y mi comportamiento fuera tan inapropiado como molesto. Admito que sus tímpanos debieron de sufrirlo, pero creo que la cosa empeoró cuando me subí encima de uno de los sofás, chillando histérica, como si en vez de ser un tiarrón de casi dos metros de cuerpo atlético y mirada audaz, estuviera frente a un roedor tuerto que se había colado del jardín y que daba mucha —mucha— grima.

Que, a ver, del jardín no venía y más que repelús aquel hombre inspiraba pavor después de esa primera impresión en la que era imposible no admirar su etérea y masculina belleza. Vi que susurraba algo mientras me observaba como si fuera poco más que un contratiempo. Me quedé presa en sus labios: eran carnosos, pero su rictus severo

le daba un aspecto inalcanzable. No es que fuera persona de pensar en bocas, en besos, o en hombres en aquel entonces, pero todo aquello pasó por mi mente antes de que el mundo se volviera oscuro y cayera en un profundo y extraño sueño.

Nunca llegué a saber cuánto tiempo estuve así, durmiendo plácidamente en un sofá como nunca antes había hecho. Me desperté con un chichón en la cabeza y la sensación de no entender nada. Me levanté un poco a tientas y caminé hasta la cocina y fue allí donde vi que en una de las viejas sillas de metal blanco que tenía en el porche trasero para observar aquel remanso de paz que era mi pequeño jardín, estaba él, sentado, junto a la que era mi amiga y compañera de vida.

Hacía ya un par de años que Anam se había instalado en mi casa. Nuestra relación era peculiar, lo admito, porque prácticamente nuestras vidas se cruzaron en un momento en que ambas nos necesitábamos. Era poco más que un alma perdida, una jovenzuela que había huido de su casa y de sus padres; y que sospechaba que había tenido que hacer cosas que despreciaba para poder salir adelante. George había muerto hacía unos años y yo nunca sospeché que su ausencia me haría sentir tan sola. Tenderle una mano me pareció algo natural, pero no me esperaba llegar a conectar con otra persona hasta el punto en que lo habíamos hecho, como si de repente tuviera una hermana pequeña. O esa hija que siempre soñé y la vida no quiso darme.

Recuerdo sentir el frío cristal en las palmas de mis manos mientras observaba a Ares, cuando ni siquiera habíamos sido presentados. Apenas podía ver su perfil, el cabello rubio que le caía sobre los hombros, y ese toque masculino y altivo que no me podría quitar de la cabeza para el resto de mi vida. No sé cuánto tiempo me quedé allí, espiándolos. Tenía que ser el hombre que se había aparecido en mi salón, pero al mismo tiempo mi yo más racional intentaba imponer su voluntad y negaba que pudiera serlo.

Cuando se levantó me tensé. Vi como alzaba el mentón y creo que durante una fracción de segundo sus ojos siguieron la dirección hasta donde yo estaba. Dudo que respirara en ese momento, pero creo que fue cuando él alzó una mano y una superficie brillante apareció frente a él, engulléndolo poco después, cuando empecé a temblar.

Se había ido, pero yo no podía simplemente dejar de mirar ese espacio, vacío, en el que ya no estaba. Empecé a alejarme con pasos trémulos y asustadizos cuando Anam se acercó a la cristalera de la cocina y abrió la puerta corredera.

—Siento los modales de Ares —me dijo con voz suave y pausada—. Es… un viejo amigo.

—¿Ares? —Apenas conseguí pronunciar aquellas dos sílabas con un tartamudeo.

—Muchos le conocían como el Príncipe de las Hadas. —Me estudió, como si estuviera decidiendo qué decirme a continuación—. ¿Quieres que te cuente una historia?

—¿Quiero oírla?

—Es de esas historias que lo tienen todo —repuso con una sonrisa cómplice, aunque parecía cansada—. Hay pasiones prohibidas que desencadenan sangrientas guerras, secretos y mentiras, traiciones y un buen toque dramático.

—Aún tengo mis reticencias —murmuré, indecisa.

—Hay historias que nunca estamos preparadas para escuchar, incluso si formamos parte de ellas. —Me miró—. Nunca me preguntaste por mi pasado cuando me acogiste.

—Nunca pensé que fuera necesario. No me importa quién fuiste, sino en quién quieres convertirte.

Me sonrió y asintió antes de continuar:

—Mi nombre es Anam, pero lo cierto es que llevo una eternidad vagando por este mundo. No soy humana, Margaret, igual que tampoco lo es Ares, pero la vida… Nunca creí en los míos, pero me has enseñado a creer en vosotros.

—¿Nosotros?

—Siempre fuiste alguien especial, ¿sabes?

—Lo dice la que acaba de afirmar que no es humana —mascullé entre dientes, sosteniéndole la mirada—. Lo peor es que creo que después de lo que he visto, no puedo hacer otra cosa que creerte.

—Sabes que te aprecio lo suficiente como para no refugiarme en palabras vacías y mentiras cobardes.

—Vas a hacerlo. Vas a contármelo.

—Tienes que saberlo. Algún día… él volverá.

—¿El Príncipe de las Hadas?

—Puedes confiar en él, Margaret, pero desconfía del resto de la tribu. Fue de ellos que quienes hui, tiempo atrás… —Desvió la mirada y se acercó a uno de los armarios. Cogió un par de tazas a juego—. ¿Queda infusión?

—Está fría —susurré tras tocar el lateral de la tetera de metal que había a mi lado.

—Eso puede solucionarse —afirmó y, tras cogerla con las manos, susurró una palabra y una llama apareció en la palma de su mano. Me quedé sin aliento, contemplando aquello.

Cuando por la boquilla de la tetera empezó a salir una brida de vapor blanquecino, las llamas que bailaban en su mano desaparecieron y se limitó a servir las tazas antes de dejar la tetera sobre uno de los fogones, como si aquello fuera algo… *normal*.

—No sé si tomarme una infusión o un tranquilizante —admití y ella me sonrió.

—¿Vamos a sentarnos? Hace una tarde preciosa.

Asentí, y entonces fue cuando Anam me contó su verdadera historia. Ese pasado que tantas tragedias y duelos arrastraba. Esa tarde mi vida dio un vuelco, incluso si nada cambió en mi día a día. Era el simple hecho de saber que existía algo mucho más grande que lo que todos conocíamos. O pensábamos conocer.

Así supe que Anam era en realidad una diosa.

Y que los Tuatha dé Dannan eran mucho más que leyendas arcaicas narradas en viejos pergaminos y libros conservados en el Trinity College.

Tras los descubrimientos que hice aquella tarde, mi vida no cambió drásticamente, incluso si pareciera que era algo inevitable. Al contrario, me refugié en mis rutinas: seguía participando en reuniones y eventos, formaba parte de tantas asociaciones y clubes sociales que ya había dejado de contarlos. Pasaron los años y seguimos juntas, como dos viejas amigas que se acompañan la una a la otra, hasta que Anam encontró el amor en un mortal y fruto de aquella relación Mila llegó al mundo.

Admito que siempre sospeché que su muerte no fue natural, por mucho que la autopsia hubiera desvelado lo contrario. Incluso si conocía su historia, sabía que Anam me ocultaba cosas, pero no podía culparla por ello. Sospechaba que había sido alguno de esos dioses altivos y arrogantes de los que me había hablado el que había decidido sentenciarla, así que cuando el padre de Mila, que desconocía la verdadera naturaleza de Anam, decidió volver a su país, pensé que no volvería a ver a la pequeña.

Nada más lejos de la realidad, aunque tampoco esperaba que acabara volviendo a Irlanda. Un milagro, como su verdadero nombre: Míorúilt. O como que su destino acabara cruzándose con el de Colin y, al hacerlo, con el legado de su madre y con un viejo dios loco al que tuvieron que enfrentar. Mila empezó un proceso de aprendizaje y aceptación, porque su vida era mucho más compleja de lo que siempre había pensado, y sus responsabilidades también.

Si ver a la hija de Anam entrar a formar parte de ese mundo me sorprendió, lo último que me esperaba era que su amiga, Marisa, viniera a Irlanda y, tras seguir las pistas de un hada muerta, acabara con un par de alas encima del culo. La parte buena era que solo los sensibles podían verlas, pero no eran pocos los que se habían girado para mirarme cuando me había cruzado con ellos en medio de alguna calle del centro. Mala cosa. Quería pensar que si empezaban a gritar como locos que «la vieja tenía alas» serían ellos los que acabarían en un psiquiátrico y no yo, pero, solo por si acaso, había decidido limitar mi círculo social y disminuir mis paseos por zonas concurridas, así que solía refugiarme en los parques del barrio.

No solía pasear sola, todo fuera dicho, porque dos de mis octogenarias amigas, Eilis y Cara, disfrutaban acompañándome y contándome todos los chismes que tuvieran a mano sobre la parroquia o nuestros conocidos. Estar con ellas era entretenido y no negaré que nuestras conversaciones eran fluidas, tal vez porque entre las tres acumulábamos historias y anécdotas como para entretener a un anfiteatro rebosante hasta los topes durante el tiempo en el que estuvo al poder el Imperio Romano. Algo gracioso que solíamos hacer era rellenar a nuestro gusto lo que recordábamos solo a medias. Lo hacíamos las tres, así que esas pequeñas variaciones de la realidad eran no solo aceptadas, sino que casi agradecíamos que nuestras batallitas tuvieran un aire un poco más fresco. Cara era la que solía modificar la realidad a su antojo con más descaro. Le habían diagnosticado un inicio de demencia, pero lo cierto es que eso en concreto llevaba haciéndolo desde que la había conocido, así que lo más probable era que tuviera una imaginación desbordante a la que algún sabidillo con título había decidido ponerle una etiqueta.

De las tres, no era yo la que parecía más anciana, aunque no dudaba que les sacaba un par de décadas, sino más. La verdad es que no tenía especial interés en compartir la que era mi verdadera edad. Llegados a cierto punto, decides que no vale la pena seguir sumando y dejas de hacerlo.

Ambas eran viudas, lo que hacía que buscaran el contacto con otros seres humanos con más ahínco, aunque las dos habían formado largas y prósperas familias, así que no solían pasar los domingos solas, sino en compañía de uno u otro hijo y unos cuantos de

esos nietos que eran su entretenimiento favorito. El mío era cuidar el jardín, como si parte de lo que yo era formara parte de él o, tal vez, él de mí.

Pensé en mi propia historia. En Alexander. Habían sido tiempos felices, incluso si fueron breves. A veces deseaba que un hijo se hubiera engendrado en mi vientre, aunque eso hubiera complicado en sobremanera las excusas que dieron mis padres a amigos y conocidos tras mi regreso. Solo unos pocos llegaron a saber que hui junto a un hombre, porque en aquella época mi comportamiento hubiera sido más que criticado. Lo fue, de hecho, pero me importó entre poco y nada. Supongo que fui una mujer adelantada a mi época: una joven revolucionaria dispuesta a cambiar el mundo, aunque al final todo me vino grande y la suerte no quiso estar de mi parte.

Quizá por eso me entendía tan bien con Aislin y Marisa: ambas eran claros ejemplos de mujeres fuertes y empoderadas que habían luchado por conseguir lo que querían en la vida. Un trabajo que les apasionaba y una persona maravillosa a la que amar, incluso si para hacerlo habían tenido que romper más de una convención social y se habían puesto a prueba a ellas mismas. Quizá por eso sus éxitos tenían aún más valor.

No me arrepentí de volver a la casa de mis padres. Lo hice llorando por el hombre que había perdido y tanto había querido y ellos me consolaron porque, pese a todo, nunca dejaron de amarme. Hubiera deseado poder hacer eso: amar tanto a un hijo como para poder perdonarle, no importaba el qué, sino el simple hecho de hacerle saber que siempre estaría allí, a su lado, si me necesitaba. Eso, al menos, lo había aprendido de mis padres.

Quizá si hubiera tenido un hijo con Alexander no habría llegado a volver a conectar con George, mi otro gran amor, el hombre del que me enamoré siendo poco más que una niña y al que dejé atrás cuando Alexander entró en mi vida con la fuerza de un huracán. Lo hice de malas maneras, huyendo de un compromiso que llevaba tiempo anhelando, pero que de repente se convirtió en una atadura. Pasaron algunos años antes de que nos encontráramos en un parque, casi por casualidad. Aquello acabó convirtiéndose en una costumbre y volvimos a establecer una buena amistad, solo que ambos éramos más mayores y mucho más maduros. No nos atrevimos a dar un paso hacia delante en aquella relación, supongo que por los miedos que arrastrábamos ambos en nuestro interior, aunque creo que ambos sentíamos algo más que una mera amistad. Lamentaba no haber tenido el valor de confesarle mis sentimientos, pero tampoco sé si él habría tenido la fortaleza de aceptarme después de lo que le había hecho tiempo atrás. Nunca lo sabría.

Abandoné los pensamientos tristes y me obligué a sonreír. Mi mente solía hacer eso, divagar de un lado a otro, sin previo aviso. Es lo que tienen los años: se acumulan muchas cosas, pero, sobre todo, recuerdos.

Eilis y Cara estaban esperándome en el banco de siempre.

Me senté en un extremo y me limité a escucharlas. Era gracioso cómo nos aferrábamos a una juventud que ya no nos pertenecía, intentado vivirla a través de hijos y nietos, de sus vivencias y sus anécdotas, porque si nos focalizábamos en nuestra realidad, acabábamos en una competición de achaques y enfermedades que, además de tediosa, se volvía eterna.

Pese a que las consideraba mis amigas, lo cierto es que sabían migajas de la que había sido en realidad mi vida. Ambas eran de esas personas criadas en un ambiente conservador y un tanto cerrado, así que no eran capaces de ver que Aislin y Grace eran algo más que un par de amigas, incluso si las habían visto cogidas de la mano en contadas ocasiones. Tampoco verían con buenos ojos que yo me hubiera escapado a hurtadillas de casa, dejando a mi prometido a dos velas y a mis padres en la estacada. Nunca sentí la necesidad de contarles ese tipo de detalles.

Sí a Cara y Eilis les había hablado de Alexander; de su risa y de cómo cada día era una fiesta si él estaba a mi lado. También lloré recordando su muerte y ellas me acompañaron, porque el duelo compartido siempre se vuelve más llevadero. En esa versión de moralidad incuestionable, George en vez de ser el prometido al que abandoné se convirtió en un primo muy querido que me acompañó hasta que la muerte acabó arrebatándomelo. Soy consciente de cuán puntillosa es ella, la muerte. A veces, en esos días grises que acaban calando dentro, pienso que no merezco haber vivido tanto y ellos tan poco.

—Tengo algo que mostraros, ¿conocéis a Anna?

—¿La mayor de Sophie? —le cuestionó Eilis, sospechando que hablaba de una de sus nietas. De las dos, Cara era la que tenía más tendencia a hablarnos de su familia y me sabía trapitos sucios de prácticamente todos sus miembros.

—Se ha ennoviado —nos dijo con voz soñadora.

—¿Ya os lo ha presentado?

—La verdad es que no —murmuró, como si tuviera intención de convertir eso en su próxima gesta personal. Que se preparara la pobre criatura, porque a tozudas y perseverantes, nadie nos gana a las viejas—. Me ha enviado una foto suya. ¿Queréis que os la enseñe?

No esperó a que le contestáramos y sonreí, callándome lo primero que me vino a la cabeza cuando nos la mostró. No, delante de ellas no soltaría eso de que «tenía un buen polvazo» aunque sí le aseguré que estaba de muy buen ver y parecía majo, haciendo que su sonrisa se expandiera en su rostro y ya se planteara cuándo la harían bisabuela.

La influencia y carencia de filtro por parte de Aislin y Marisa, en mi actual vida, para ese tipo de cosas, era pésima. Tiempo atrás no se me hubiera ocurrido decir una burrada como esa y posiblemente ni siquiera hubiera pensado en algo relacionado con el sexo al ver un chico enseñando un bíceps parcialmente tatuado, pero el aumento de testosterona medio en pelotas que había tenido a lo largo de los últimos meses corriendo por casa, supongo que había despertado en mí recuerdos de tiempos pasados, haciendo que recordara que yo también había tenido encuentros de ese tipo, ardientes, sudorosos y la mar de entretenidos.

Me encantaba cómo Marisa intentaba escandalizar al mundo, la muy bruja. No diré zorra, porque no soporto ese toque crítico que esa palabra arrastra, mientras al zorro lo dan de astuto y pillo. Admito que me hubiera gustado nacer en esa generación en la que las mujeres no se intimidaban y hacían sonar sus pasos con fuerza, no permitiendo que sus palabras o sus acciones fueran censuradas con un criterio diferente al que se usaba para los hombres. Mujeres valientes que no tenían reparo alguno en admitir que

disfrutan de cosas como el sexo y no mostraban pudor alguno al decirlo. Mujeres que soñaban alto y que disfrutaban de la vida sin atarse a compromisos férreos que a veces podían llegar a ser asfixiantes. Algunas encontraban a la horma de su zapato y otras simplemente seguían caminando con valentía, sin que el hecho de estar solas les supusiera un lastre, sino al contrario.

Marisa y Aislin, a veces, se comportaban como si aún fueran un par de adolescentes y, lo admito, tenía cierta tendencia a ponerme a su altura, algo que no sé si decía mucho o muy poco de mí. Desde que Mila había vuelto y había abierto la caja de Pandora me sentía mucho más en sintonía con ellas que con personas como Eilis o Cara, incluso si había pasado la mayor parte de mi tiempo con estas últimas durante los últimos años.

Era como si olvidara mi edad.

Mi pasado o las personas que había dejado atrás, porque aún tenía la extraña sensación de que lo mejor estaba por llegar.

¿Quién dice que tienes que dejar de soñar por el hecho de ser centenaria?

—¿Sabéis lo que os digo? ¡Que disfruten!

—¡Margaret! —me recriminó Eilis entre risas.

—Son otros tiempos —afirmé con vehemencia.

—Son otros tiempos —admitió Cara, aunque eso parecía disgustarle.

—¿Sabéis de qué me he enterado? —nos preguntó Eilis y sus ojos brillaron traviesos. Me mordí el labio inferior, sabiendo que ahora venía un buen cotilleo. Lo escuché con avidez, pero me pareció insulso y vacío, incluso si me forcé a sonreír y reírme con ellas.

—¿Estás bien? —me preguntó Cara; supongo que notó que me estaba forzando.

—Solo un poco cansada.

—Deberías ir a que te vea un médico —puntualizó al momento Eilis, que era la más pragmática y resolutiva de las tres.

—¿Para que me hinche a pastillas? —Obvié un «como a vosotras», aunque creo que las tres lo pensamos—. Casi que paso.

—Margaret tiene una salud de hierro —sentenció Cara con un tono orgulloso, aunque había un deje de envidia que no podía tenerle en cuenta. Lo de su inicio de demencia la había hundido en la miseria durante unos meses, por lo que acabaron dándole «una pastillita *más* para subirle los ánimos».

—Echas de menos a Mila —me dijo.

—Sí, supongo que sí.

—Pero esas chicas son monísimas, las que tienes alquiladas —sentenció Cara, intentando ser cordial. Ese tema en cuestión era algo que no acababan de entender y yo tampoco tenía forma alguna de explicárselo.

Una cosa era Mila, de la que les había hablado toda la vida: que viniera a mi casa cuando había decidido instalarse en Irlanda, tras la muerte de su padre, sonaba bastante coherente.

Lo de Grace y Aislin, ya no tanto. No podía decirles que Grace y yo compartíamos algo muy especial, un par de alas que no eran capaces de ver y que en teoría habíamos heredado, por decirlo de alguna manera, de unas viejas hadas guardianas muertas. La opción más fácil —y cómoda— había sido justificar que había decidido alquilar parte de

la casa, lo que hizo que pensaran que andaba necesitada de dinero y sus miradas cautas empezaban a darme urticaria.

Las mentiras tienen eso: quiebran hasta la más bonita de las relaciones.

Quería aferrarme a mis amigas, a la seguridad que me daba su compañía, pero lo cierto es que cada vez mi vida era más complicada y no sabía cómo hacer que mis dos mundos no acabaran colisionando. No me planteaba explicarles la verdad. No lo había hecho con la historia de Alexander y George, ¿cómo diablos podía contarles lo de aquellos dioses celtas antiguos y el reino de las hadas del que ahora formaba parte?

No tenía otra opción que seguir mirando al frente y hacer ver que todo estaba bien.

Incluso si nada lo estaba.

Seguir mintiéndoles y dejando que la bola cada vez se hiciera más grande, hasta que cayera por su propio peso.

Escondido tras las mentiras estaba el miedo. Porque pese a que fingía lo contrario, sabía que un peligro mucho más grande que el que ya habíamos enfrentado seguía acechando. En algún lado. Magia oscura. Tres brujas. Dispuestas a eliminar a los restos de la tribu y eso incluía a mi muy querida Mila. La hija de Anam. La pequeña a la que había visto crecer.

Mientras ella estuviera en peligro no podría volver a dormir tranquila.

Porque, aunque estar allí, con Eilis y Cara, era maravilloso, mi vida era mucho más complicada que las anécdotas o los cotilleos del barrio.